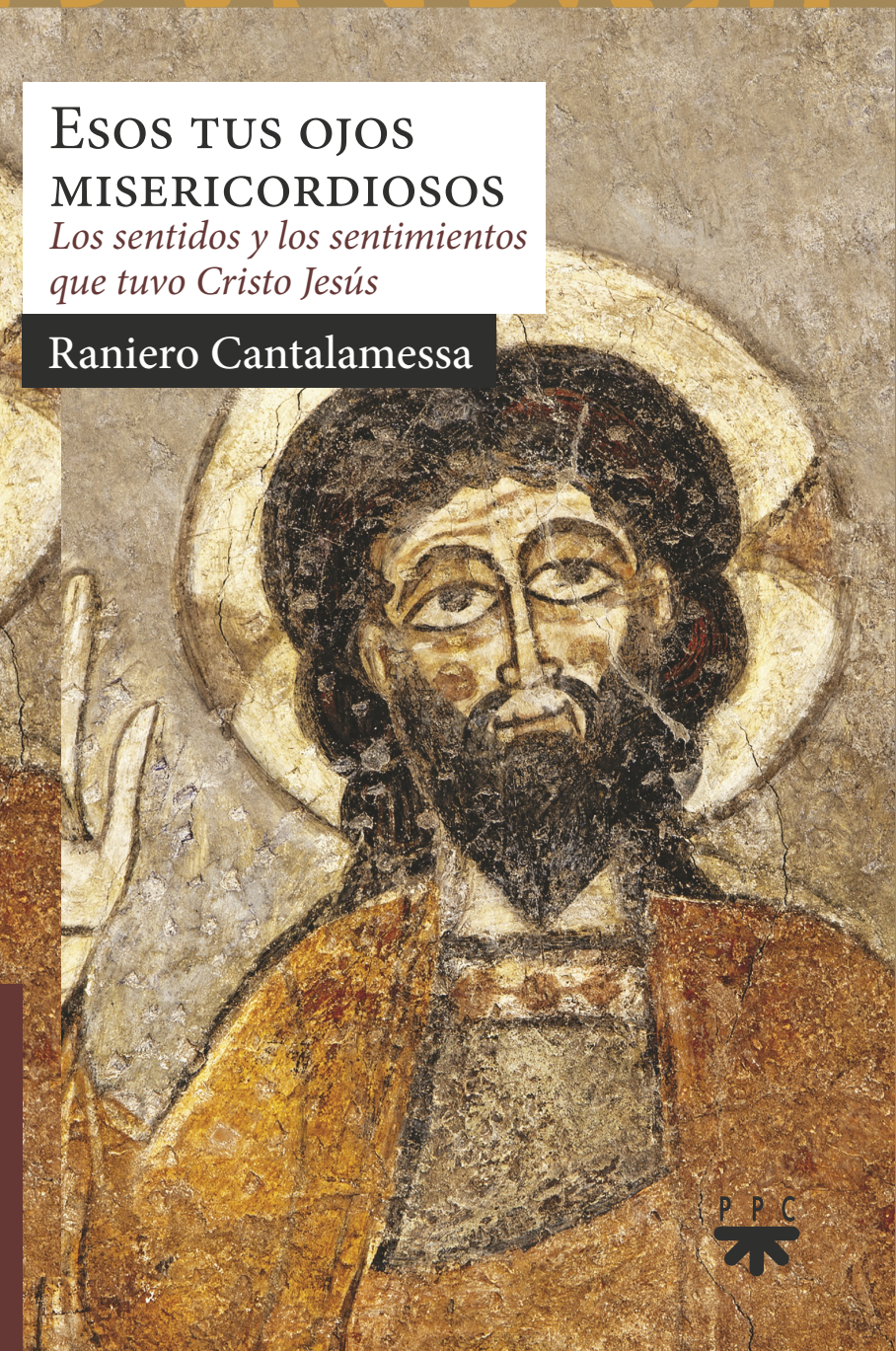
Esos tus ojos misericordiosos

Los sentidos y los sentimientos que tuvo Cristo Jesús

Raniero Cantalamessa



PPC

Esos tus ojos misericordiosos

los sentidos y los sentimientos que tuvo Cristo Jesús

Raniero Cantalamessa

PPC

Diseño: Pablo Núñez / Estudio SM

Título original: *Quegli occhi tuoi misericordiosi.*
I sensi e i sentimenti che furono in Cristo Gesù
Traducido por XXX

© 2016, Tau Editrice
All right reserved
© 2021, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3659-3
Depósito legal: M 31742-2020
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Presentación

Se suele decir que, con Cristo, la misericordia de Dios se hizo carne. Pero la misericordia de Dios no se hizo carne solo en sentido abstracto y ontológico, es decir, en el sentido de que ha asumido una naturaleza humana. Se hizo carne también en sentido concreto, visible, tangible. Asumió ojos humanos para mirar, oídos humanos para escuchar, voz humana para hablar, manos humanas para estrechar y acariciar, pies humanos para caminar, rostro y sentimientos humanos para comunicar.

En estas páginas nos convertimos en espigadores, como Rut, la moabita de la Biblia, para recoger de los evangelios todas aquellas alusiones que nos hablan del uso que Jesús hizo de los sentidos y de los miembros de su cuerpo humano para filtrar en el mundo, como por varios poros, el bálsamo y el perfume de la misericordia del Padre.

Al final, después de haber conocido los sentidos, los sentimientos y las pasiones de Jesús, solo tendremos que escuchar la invitación que el apóstol Pablo dirige a los fieles de Filipos: «¡Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús!» (Flp 2,5).

1

Los ojos de Jesús

Volviendo a Nazaret

Imaginemos que volvemos a Israel en tiempo de Jesús. Estamos en Nazaret, su pequeño pueblo donde él vivió durante treinta años. El amplio anfiteatro de colinas, que hoy hace de corona a la basílica de la Anunciación, se disfraza de lirios del campo, de anémonas color bermellón. A lo largo de la costa aparecen los olivos seculares, las higueras, las hileras de vides y la uva que da un vino bueno y fuerte. A pocos pasos de una gruta que sirve de casa, la gallina reúne a los polluelos para protegerlos con sus alas, mientras que el pastor cuenta las ovejas y corre a recuperar la que se ha retrasado. En el campo, el campesino está dedicado a preparar el terreno para la siembra, construye el muro circunvalador, pone su mano en el arado. Ahora echa la semilla, que cae parte entre espinas, parte en el sendero, parte sobre la piedra y parte sobre tierra buena, y luego vuelve a casa y, confiado, espera a que el grano germine y crezca. Mira el cielo: si una nube surge por occidente, sabe que mañana vendrá la lluvia; si el viento sopla desde el desierto, habrá días tórridos. Recorramos con

él los laterales; vemos una viejecita que barre la casa para encontrar la moneda perdida y la mujer que amasa la levadura con tres medidas de harina, enciende la vela y la pone sobre el candelero. Los jornaleros esperan en la plaza quién los contrate para la jornada. Los niños, llenos de vida, hacen el corro y, con voces chillonas, van repitiendo siempre el mismo estribillo.

¡No, no estamos soñando! Estamos volviendo a ver, a través de las parábolas de Jesús, la Nazaret de su época. Las parábolas, más que los demás relatos, revelan lo atenta y sensible que era su mirada: mirada tranquila y serena que se detenía asombrada a contemplar las aves del cielo mientras construían su nido, en los majestuosos sicómoros o sobre el pequeño arbusto nacido del grano de mostaza.

¡Los ojos! Antes de escuchar lo que una persona te dice, tratas de conocerla, la valoras, la analizas escrutando sus miradas. Las emociones más intensas, las pasiones más violentas, las alegrías y las turbaciones más profundas, aquellas que no se pueden traducir en palabras, son comunicadas con los ojos.

Una mirada irresistible

La Biblia conoce y describe una amplia gama de miradas: la sincera y reluciente que da alegría al corazón y la desdeñosa que deja traslucir un corazón soberbio;

se congratula en describir el ojo atento a las necesidades del hermano y pone en guardia contra el «mal ojo», signo de avaricia, estrechez y envidia. En lo íntimo del hombre existe una luz que, partiendo del corazón, se proyecta hacia el exterior, pasando a través de los ojos como ventanas abiertas sobre el mundo. En este sentido, Jesús habla del ojo como lámpara del cuerpo.

En los evangelios están registradas varias de sus miradas. Veamos algunas de ellas. Nos abren de par en par una ventana sobre su corazón. La mirada es lo que distingue al hombre de todos los demás animales. Solo la criatura humana alza la cabeza para contemplar el firmamento; solo el hombre busca en lo alto, en Dios, el sentido de la propia existencia. Los ojos fijos hacia el cielo, hacia el Padre, han caracterizado toda su vida. Antes de multiplicar los panes, levanta los ojos al Padre; antes de pronunciar la palabra *effetá* y abrir los oídos al sordo, durante un momento contempla el cielo.

Su mirada indica la dirección hacia la cual debe orientar los ojos quien busca el alimento para la vida y la palabra que cura. Solo de lo alto, de Dios, viene la luz que da sentido a las alegrías y al dolor, a los éxitos y a las derrotas, a las traiciones, a la soledad. En el rostro de Jesús brilla la mirada del hombre auténtico, del hombre pleno según el Padre, la mirada de quien, aunque trabaja en las realidades materiales, mantiene los ojos abiertos de par en par hacia el cielo. El instinto para procurarse lo necesario para vivir está escrito

en el ADN de cada hombre: es un impulso natural, pero puede escapar al control y convertirse en un afán de acumular bienes. Entonces el dinero se convierte en un ídolo peligroso que deshumaniza a sus adoradores, ídolo del cual es difícil, o casi imposible, separar la mente, los ojos, el corazón. Jesús dice que es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que hacer entrar un rico en su Reino.

Así las cosas, se puede permanecer asombrados frente a un episodio que ocurre en el comienzo de su vida pública. Leamos Lc 5,27-28. El comportamiento de Leví tiene algo de inverosímil. Imaginémoslo sentado, dedicado a recaudar los impuestos, a contemplar, arrebatado, las monedas que colocan los comerciantes sobre la mesa. Es lo máximo de la euforia, cuando todo lo que hasta ese momento ha dado sentido a su vida pierde valor. Leví se levanta, abandona todo y va con él. No ha asistido a ningún milagro de Jesús, él todavía no era famoso, ¿y entonces? Observemos un detalle del relato: «Jesús lo miró». Esta es la primera mirada que dirige a una persona. Y una mirada que se revela enseguida como irresistible: es penetrante, fascina.

Observaba a las personas

La mirada de Cristo es la de su Padre: no se detiene en la superficie, sino que penetra en lo profundo, llega al

corazón, capta lo que hay en lo íntimo del hombre. Como todo israelita piadoso, se dirige al Templo para orar. Es un observador atento, no se le escapa nada de lo que ocurre en la gran explanada, abarrotada de peregrinos. Descubre al fariseo que, en pie, agradece a Dios que no es como los demás hombres y, en un rincón, al publicano que se golpea el pecho y no se atreve a alzar los ojos al cielo. Observa a las personas que se acercan a las cajas de las limosnas colocadas a lo largo del muro que separa el patio de las mujeres del de los hombres. Son de bronce y tienen forma de trompeta. Las monedas de metal, especialmente si se lanzan con energía bien calculada, las hacen sonar. Jesús nota que los ricos hacen sus ofrendas generosas para llamar la atención de los transeúntes. Su mirada, sin embargo, no es atraída por ellos; se posa, en cambio, en una viuda pobre, que echa en el tesoro solo dos moneditas, casi invisibles, que no hacen ruido, que pueden ser vistas únicamente por quien tiene una mirada que no se deja engañar por las apariencias. Llama a los discípulos y exclama radiante: «Os aseguro, esta viuda pobre ha echado más que todos».

La mirada de Jesús está en perfecta sintonía con la de su Padre, que ve en lo secreto. Él valora la realidad, a las personas y las cosas según los criterios del Padre, por eso recomienda: «Cuando des limosna, que no sepa tu [mano] izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea secreta; y tu Padre, que ve en lo

secreto, te recompensará». Esto es una invitación a asimilar la profundidad, la agudeza y la sensibilidad de su mirada. Solo quien, como él, ve en lo secreto sabe discernir entre engaños y realidad, entre joyas y monedas falsas, entre el brillo engañoso de las modas y las propuestas de vida garantizadas por él.

Otro día encuentra a un joven que, cándidamente, le dice: «Maestro, desde mi juventud he observado todos los mandamientos, ¿qué debo hacer todavía?». Jesús lo mira fijamente y lo ama. No fue una mirada alejada, indiferente, superficial; significa que lo miró dentro, llegando a esa parte recóndita del alma que solo él puede conocer.

Zaqueo, el hombre que quería ver a Jesús

La mirada de Jesús al interior es la misma mirada que dirige a Pedro después de que este lo haya negado. ¿No es conmovedor su gesto? Indica la comprensión por su debilidad. El lector considera la acción exterior, el gesto cobarde, las palabras cobardes de Pedro; Jesús, como es su costumbre, mira dentro, ve el corazón y descubre que, ciertamente, él realiza un gesto pusilánime, pero en el fondo permanece fiel. Al subrayar esta mirada, el evangelio indica cómo deben ser consideradas las fragilidades de los hermanos. Deben ser miradas con los mismos ojos de Jesús, ojos que infunden

confianza y dan de nuevo esperanza, ojos que descubren, incluso en el pecador más grande, una chispa de amor y lo ayudan a volver a empezar.

En Jericó había un hombre que quería ver a Jesús. Contrariamente a lo que ocurre habitualmente en los evangelios, se dice cómo se llama: Zaqueo, nombre que, por una extraña ironía, significa ¡íntegro y puro! Zaqueo no es solo un publicano, es un jefe, ¡todo menos puro! Además del nombre se nos dice que es pequeño de estatura. No se trata de una información banal sobre el físico de Zaqueo, sino que es querer destacar que, a los ojos de todos, Zaqueo es pequeñísimo, insignificante. Sin embargo, él quiere ver quién es Jesús. Notemos la finura: no quiere simplemente verlo, sino ver quién es. Su mirada no es la del espectador curioso; es la de quien, movido por la angustia interior, va a la búsqueda de una luz. Tiene todo, pero está profundamente insatisfecho; por eso busca el encuentro con quien puede entender su drama y ayudarle a salir de él. Y, para poder verlo, sube a un sicómoro. No sobre el tejado de una casa, como sería lo normal; debe encontrar un árbol porque nadie le permite pisotear el umbral de la propia casa. Hay alguien que impide que Zaqueo vea. Son los grandes, la gente de alta estatura, aquellos que se colocaron en torno a Jesús y no permiten que los pequeños entren en contacto con él.

¿Cómo es posible que la multitud y los discípulos sean tan ariscos? La razón de su actitud está en un

defecto de la vista. Es como si se hubieran puesto las gafas oscuras: ven todo oscuro. En Zaqueo no descubren nada bueno ni positivo. Lo rechazan, lo harían pedazos y, al no poder eliminarlo físicamente, lo aíslan, lo desprecian, no le dirigen la palabra, y este es un modo «lícito» de «matarlo». La vista de estos «puros» es tan defectuosa que encuentran mal incluso donde no existe, es decir, en Cristo, al que critican continuamente. Sus ojos, en cambio, son límpidos y puros. Llama a Zaqueo por su nombre, porque también él es heredero de las promesas del Padre. Su mirada se mueve de abajo arriba. La posición elevada pertenece, por derecho, al pecador; la humilde, a quien lo debe ayudar. ¡La única mirada que salva es la dulce y tierna de Jesús!

El alfabeto de los ojos

Mientras la adhesión a Cristo se reduce al cumplimiento de alguna práctica religiosa, es incluso gratificante sentirse cristianos. Alguna mayor dificultad surge frente a ciertas exigencias de la moral sexual. Pero el escollo que hace añicos y disuelve los entusiasmos religiosos es otra petición suya, clara, inequívoca, que él dirige a cualquiera que quiera ser su discípulo: ¡no acumular! Comparte lo que tienes con los pobres, no vincules tu corazón a los tesoros de este mundo.

Para evitar perder adeptos y para no crear intrincados problemas de conciencia, los sacerdotes, en general, no insisten mucho sobre este tema o se limitan a alguna llamada a la generosidad en hacer limosnas. Jesús es radical: «Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío». Es una petición desconcertante, ¿verdad? Incluso el joven que ha observado todos los mandamientos se bloquea, no ve que pueda dar el paso decisivo, le da vueltas, se entristece y, al final, decide volver a su vida de hombre normal, bueno, honesto. Se va afligido.

En este punto existe una mirada de Jesús intensa, penetrante. Contemplamos la escena: todos están inmóviles, parecen petrificados mientras, en el silencio cargado de tensión, lentamente se mueven solo sus ojos: pasan revista, uno por uno, a aquellos que quieren ser sus discípulos. Son ojos embarazosos: interpelan. Leamos Mc 10,22. Se ha dicho que, a lo largo de los siglos, han cambiado muchas cosas, pero no ha cambiado el alfabeto de los ojos: sonrisa, lágrimas, miedo, maravilla, confianza, son iguales en todas partes.

Hoy no nos podemos fiar de la mirada; lo que cuenta es parecer, dar la impresión, dejar creer, pero la nostalgia de las cosas genuinas se incuba dentro, como el fuego bajo las brasas. Jesús dijo: «Si tu ojo es luminoso, todo tu cuerpo está en la luz». Nostalgia de una existencia luminosa y transparente, sabrosa como el pan, verdadera como el agua de manantial. Enemigos

de la autenticidad son tanto el conformismo, es decir, querer a toda costa ser como son los demás, o como los demás nos quieren, como el anticonformismo, es decir, querer a toda costa ser distintos de los demás. Uno y otro son máscaras que esconden el rostro verdadero. Cuando se mira a los demás, cuando se observan los acontecimientos o las cosas, se hace con lentes coloreadas. El mundo se ha convertido en un gran escenario donde cada uno busca representar un papel.

Se puede mirar sin ver

En el mundo hay cerca de siete mil millones de personas, lo que significa catorce mil millones de ojos que miran, que interrogan, que relatan, que expresan. Pero ¿cuántos son realmente los ojos que funcionan como ojos? La mayoría de las personas mira, pero no ve; dice, pero no expresa, y casi nunca va más allá de las apariencias. Solo una persona psicológicamente madura sabe usar bien sus ojos. Las miradas de Jesús revelan a un hombre perfectamente equilibrado. Sus ojos sabían ver. Ver es más que mirar; es mirar con intención de establecer un contacto. El individuo superficial mira el bosque, pero no ve los árboles, mira la multitud, pero no ve a las personas.

La visión del hombre es selectiva: no se ve todo, sino solo las cosas y las personas que se quieren. A Jesús no

le escapaba nada: ni los lirios del campo, espléndidamente vestidos; ni el grano de trigo o el grano de mostaza, que aceptan morir para convertirse en muchos; ni la mujer que amasa la harina o la que revuelve todo en la casa a la búsqueda de la dracma perdida. Sus ojos no se posaban nunca por casualidad sobre la realidad que estaba alrededor: lo acogían. La aceptaban porque él amaba todas las cosas, tenía una relación excelente con todo lo creado. Sus ojos sabían comprender: entender es más que acoger, es acoger con respeto y estima. Es acariciar con la mirada, con el ánimo.

Nos hemos preguntado por qué la «pecadora pública» desafía a la casa de un fariseo para estar a los pies de Jesús, o por qué un conocido publicano como Zaqueo aceptó con entusiasmo su propuesta de comer con él. El odio y el desprecio de la gente respetable siempre les habían hecho sentir extraños a todo y a todos: «¿Ves a esta mujer?», preguntó al fariseo, que la había mirado a menudo, pero nunca la «vio». En el caso de Zaqueo levantó la mirada. Su mirada hace sentirse acogidos.

Sus ojos sabían comunicar: mirar es establecer un contacto. Mirar a los ojos es como llamar a una puerta. Cuando alguien llama a nuestra puerta, podemos reaccionar de muchas maneras: no responder y limitarnos a mirar por la mirilla; entornar la puerta sin dejar entrar; introducir solo en el salón oficial; introducir sin acomodar; acomodar, pero sin iniciar el diálogo... Mie-

do, indiferencia, cansancio, o alegría, satisfacción, entusiasmo y disponibilidad, son los sentimientos que se reflejan en los ojos de quien se encuentra. «Maestro, ¿dónde vives?», le preguntan dos discípulos del Bautista. Sus ojos se encuentran y piden entrar en su casa. «Venid y veréis», es su respuesta. Fueron y se quedaron con él. Un intercambio de miradas que modifica radicalmente la vida de dos personas. También nuestra vida puede cambiar si nuestros ojos se encuentran con los suyos. Cuanto más fijemos nuestros ojos en los suyos, más crecerá nuestra intimidad con él.

Ventanas tapiadas

Qué tristeza producen las ventanas tapiadas: son como ojos que no dejan ya entrar la luz ni traslucir los sentimientos. Pero también hay ventanas con los postigos constantemente cerrados, y aquellas con los cristales rotos o sucios. Hay ventanas desnudas que provocan melancolía, y las decoradas con flores, que invitan a mirar. La medicina moderna ha llegado a diagnosticar las enfermedades de una persona observando el fondo del ojo. Jesús lo hizo para las enfermedades del espíritu.

Hay enfermedades del alma que se reflejan inmediatamente en los ojos. El ojo del inseguro no fija nunca directamente la mirada y no sostiene nunca largamente la mirada del otro; el ojo del arrogante y del presun-

tuoso crea siempre una distancia entre uno y otro; el ojo del vanidoso, incluso cuando mira a los demás, se ve solo a sí mismo; el ojo del egoísta ve a los demás como su posible ventaja; el ojo del mentiroso, cuando mira, busca los puntos débiles del otro para hacer pasar su mercancía; el ojo del sensual no ve nunca a la persona, sino a un objeto que pueda calmar sus deseos.

¿Observamos con qué terapia curaba Jesús los males del corazón? Haciendo uso de los ojos, invitaba a las personas a mirar la realidad con ojos libres: ¡dejar que todas las cosas encuentren su lugar adecuado en el ser! En las bienaventuranzas, que son su código para la felicidad, está garantizado un premio para los ojos: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». Ver a Dios es el culmen de todas las felicidades. Tener los ojos libres hace posible la felicidad.

Ojos que han llorado

Los hombres, a veces, para demostrar fortaleza y virilidad, inhiben la emoción y se avergüenzan de llorar en público; Jesús, en cambio, lloró por la profunda compasión. Es lo que ocurrió en la muerte de Lázaro. Cuando vio llorar a María de dolor por la muerte del hermano, la conmoción lo invadió hasta desconcertarlo. Aun sabiendo que iba a llamar de nuevo a la vida de su amigo y que al cabo de unos instantes lo vería

vivo de nuevo, llora profundamente. Su corazón es un corazón que sufre viendo sufrir y confunde sus lágrimas con las de quien sufre.

Unos días después llorará ante una platea más amplia, mientras entra en Jerusalén, olvidando las voces de glorificación que lo habían aclamado. Él amaba profundamente a su patria, amaba a todos sus compatriotas: el pensamiento de su ruina total lo atormentaba, también porque ninguno de ellos imaginaba tal próxima desventura.

2

La voz de Jesús

Dios ahora tiene boca

«La prueba del hombre se tiene en su conversación. La palabra revela el sentimiento del hombre. No hay que alabar a un hombre antes de que haya hablado, porque esta es la prueba de los hombres», así se lee en el libro del Sirácida, y Jesús añade: «El hombre bueno saca el bien del buen tesoro de su corazón; el hombre malo, del mal tesoro saca el mal, porque la boca habla de la plenitud del corazón» (Lc 6,45). Son efímeros los amores a primera vista. El verano abrasador se debilita y desaparece al llegar las primeras brumas otoñales. El amor auténtico se basa en decisiones ponderadas y realistas, y estas suponen diálogos largos y pacientes.

También ocurre así con Dios: existen los enamoramientos que nacen de emociones fugaces y pasajeras, y hay enamoramientos sólidos que continúan en el tiempo y resisten a cualquier prueba. Estos implican solo a quien ha llegado a un conocimiento profundo de Cristo, a quien lo ha escuchado, a quien ha entendido cómo piensa, qué desea, qué proyectos

tiene. La historia de los hombres es una sucesión de intentos de establecer un encuentro con él, de abrir un diálogo con él, de obligarle a abrir su cielo, de hacerle bajar o permitir que suban, de desvelar sus secretos.

No es el hombre quien establece el contacto con Cristo; es él quien se dirige antes al hombre, y lo hace sirviéndose de la boca de otros hombres, los profetas. Pero hay una boca que supera incomparablemente la de todos los profetas: es su boca, la boca de Cristo. Su boca es realmente la boca misma de Dios. «Viendo a las multitudes, subió a la montaña y, sentándose, se le acercaron sus discípulos. Abriendo entonces su boca, les enseñaba diciendo: "Bienaventurados..."».

Era en la colina que domina Cafarnaún. Quien sube a visitarla entra en un oasis de paz que invita al recogimiento, a la reflexión, a la oración. Allí uno se siente casi naturalmente llevado a elevar la mirada al cielo y el pensamiento a Dios. Jesús sitúa siempre en el monte sus grandes encuentros y sus manifestaciones. Deja la llanura, donde viven los hombres, donde uno se comporta según una lógica y según principios que son opuestos a los suyos, donde las bocas pronuncian palabras que incitan a la competición, a trepar, a la astucia, a la búsqueda del propio provecho y prometen bienaventuranza a quien acumula riqueza y no se priva de ningún placer. Él sube al monte y anuncia el

mensaje del cielo, paradójico e insensato para los hombres, pero garantizado por Dios. «Bienaventurados los pobres...».

Un día regresó a Nazaret. Ya se había hecho famoso en toda Galilea: enseñaba en las sinagogas y todos hacían grandes elogios de él. Según su costumbre, entra el sábado en la sinagoga y se levanta a leer. Se le da el rollo del profeta Isaías; lo abre, lee, luego enrolla el volumen, lo entrega y se sienta. Cuando los ojos de todos en la sinagoga están sobre él, empieza a decir: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que habéis oído con vuestros oídos».

La reacción de sus paisanos a estas palabras es sorprendente. No se quedaron hechizados por haber escuchado a un orador brillante; reaccionan irritados porque Jesús se ha permitido dar una interpretación innovadora y provocadora del texto bíblico. Ellos conocen bien el libro de Isaías y saben que el profeta no anuncia solo la buena noticia a los pobres..., promete también un «día de venganza» por parte de Dios. Jesús defrauda a sus oyentes: no menciona ningún castigo, se niega a hablar de venganzas. Su camino es la misericordia, el amor. La venganza humana se realiza cuando se logra eliminar al enemigo, la «venganza» de Cristo es cuando con el amor transforma al hombre en hijo.

María no estaba absorta en oración

Hay un episodio del evangelio de Lucas que se debería releer: el de Jesús en casa de Marta y María (Lc 10,38-42). Empecemos por clarificar un detalle significativo de este relato: «María, sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra». No se trata de una mera información, sino de una expresión con un valor muy preciso: «Sentarse a los pies de un rabino» significaba entrar a formar parte del grupo de sus discípulos, participar oficialmente en sus lecciones. En los Hechos de los Apóstoles, Pablo recuerda con orgullo: «Yo estuve sentado a los pies de Gamaliel», es decir, fue discípulo del más famoso de los maestros de su tiempo.

Para nosotros no hay nada de extraño en que Jesús acoja entre sus «alumnos» a una mujer. Pero, en aquel tiempo, ningún maestro habría aceptado una violación tan grave de las tradiciones. Los rabinos estaban acostumbrados a decir: «Es mejor quemar la Biblia que ponerla en manos de una mujer». Siendo este el modo de pensar de la época, es fácil entender lo revolucionaria que fue su decisión de acoger entre sus discípulos también a mujeres. Su voz hace colapsar todas las discriminaciones establecidas por los hombres.

Se debe hacer una segunda reflexión. No se dice que María estaba absorta en oración, que contemplaba extasiada al Maestro, sino que escuchaba su palabra. No escuchaba palabras o chismes, sino la Palabra, el

Evangelio. Los que hoy se remiten a María para justificar la excelencia de sus largas y asiduas oraciones no han entendido todavía que aquí no se toman en consideración las prácticas devocionales, los intimismos religiosos, sino la escucha de la Palabra.

A Marta no se le reprocha que trabaje, sino que se agite, que esté ansiosa, que esté preocupada, que se afane por muchas cosas y, sobre todo, porque se compromete en el trabajo sin antes haber escuchado la Palabra y la voz de Jesús. María es alabada no porque se haga la listilla, porque finja que no se da cuenta del trabajo que hay que hacer en la cocina. Jesús no le dice a Marta que se equivoca, porque la llama a los compromisos concretos; no sugiere a María que deje que la hermana se las apañe. Dice solo que lo más importante, a lo que hay que dar la prioridad, si no se quiere que la actividad se reduzca a agitación, es inclinarse, escuchar la Palabra. También nosotros debemos pender de su boca, ¡y Palabra nos da mucha!

«En tu palabra...»

Fuerte como la palabra del Padre es la palabra que sale de la boca de Jesús. Para curar a un enfermo, él no necesita estar presente, imponer las manos, establecer un contacto físico: basta con su palabra. En Cafarnaún, un centurión se le acerca y le pide que cure a un siervo suyo. Le

responde: «Yo iré y lo curaré». Pero el centurión continúa: «Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo, di solo una palabra y mi siervo quedará sano». La tarde del mismo día le llevaron muchos endemoniados; y él echó a los espíritus con su palabra y curó a todos los enfermos.

También Pedro intuye que en sus palabras está presente la fuerza misma de Dios. Lo reconoce cuando es invitado a pescar en pleno día: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos cogido nada, pero en tu palabra echaré las redes». La pesca milagrosa no es el resultado de la iniciativa y de la habilidad de Pedro, sino la fuerza misteriosa presente en la palabra de Jesús. Frente a su palabra, que lo invita a remar mar adentro y a echar las redes en pleno día, Simón piensa que la orden es absurda y que los esfuerzos que se le requerirán son inútiles y ridículos. Sin embargo, obedece, se fía y al final obtiene un resultado inesperado, sorprendente, extraordinario.

La misión que Cristo confía a sus discípulos es la de continuar pescando, es decir, «echar la red a fondo»; unos, arrastrados por las olas impetuosas del mal; otros, arrollados por los vicios y las pasiones; otros, que no controlan sus instintos; otros, sumergidos por las malas costumbres y no logran ya volver a vivir. La «pesca» no obtendrá resultados si es llevada adelante con los medios sugeridos por la sabiduría de este mundo, con las astucias, las artimañas y los cálculos humanos.

Obtendrá milagros solo quien se fía de la palabra, para la cual no existen situaciones irrecuperables.

Es fácil enamorarse de Jesús, más difícil es enamorarse realmente de él, sobre todo después de haberlo escuchado, después de haber entendido lo que quiere. Su Palabra provoca, inquieta, exige un cambio de mentalidad y de vida, denuncia el pecado, la falsedad, la injusticia, pone al desnudo la hipocresía. Es una luz que molesta, por eso hay quien se enamora de ella y está dispuesto a invertir la propia vida por ella. Hay quien permanece indiferente y quien es molestado por ella.

Tiempo de hablar y tiempo de callar

De un posible enamoramiento, alguno pasa al más incontrolado de los odios. Esta última es la reacción que, la mayoría de las veces, ha desencadenado también el mensaje de Cristo. En un cierto momento, los escribas y los fariseos comienzan a tratarlo hostilmente y a hacerle hablar sobre muchos temas, tendiéndole trampas para sorprenderlo en alguna palabra salida de su propia boca. Al final, él parece tener las de perder. Sus enemigos alcanzan su objetivo: captan en su boca el error teológico largamente buscado. Durante el proceso, los miembros del Sanedrín exclaman satisfechos: «¿Qué necesidad tenemos de testimonio? Lo hemos oído nosotros mismos de su boca».

La esponja empapada en vinagre, que una mano anónima acerca a su boca unos instantes antes de su muerte, es el último ultraje de los enemigos a sus labios, que han pronunciado palabras de amor, sí, pero también palabras demasiado provocativas, demasiado difíciles de aceptar. En el relato de la pasión, en todos los evangelistas, se lee que, en un determinado momento del proceso, Jesús deja de responder. En el evangelio de Marcos, su silencio es casi total. A las autoridades religiosas, que le preguntan si él es el Mesías, y a Pilato, que quiere saber si es rey, dice simplemente: «Sí, lo soy». Y nada más.

Frente a los insultos, a las provocaciones, a las mentiras, Jesús calla, no responde nada más. Sabe que quien lo quiere condenar es muy consciente de su inocencia. Es consciente de que sus enemigos ya han decidido la sentencia, por lo cual no vale la pena rebajarse a su nivel aceptando una discusión que no cambiaría nada. Hay un silencio que es signo de debilidad y de falta de valentía. Es, por ejemplo, el de quien no interviene para denunciar injusticias, porque tiene miedo de meterse en líos o de enemistarse con alguna persona poderosa. En cambio, hay un silencio que es signo de fortaleza de ánimo: es aquel de quien no acepta las provocaciones, de quien no se altera ante la arrogancia, el insulto, la calumnia. Jesús habló mucho, ahora ha llegado el momento de callar. Sabe que el mal está gozándose de su triunfo efímero.

El mismo estilo de vida se ha propuesto ahora a los discípulos. No vale la pena ponerse a discutir con quien camina por vías lejanas de las nuestras, porque no razona según nuestro propio corazón. Se debe elegir, en esos momentos, un silencio gozoso, sereno, tranquilo, de quien demuestra que no le interesa nada de lo que se dice, porque lo que importa es solo Dios.

Jesús no le respondió nada

Hay otro momento de silencio significativo durante la pasión: es ante el tetrarca Herodes Antipas, hijo del famoso Herodes el Grande, que del padre no ha heredado ni la habilidad política ni el frenesí maníaco por el poder; es solo un débil, un corrupto, un hombre sin personalidad. Ha oído hablar de Jesús y de los prodigios que realiza y se ha hecho la idea de que es un mago. Cuando Pilato lo envía a él para tener un dictamen sobre las acusaciones que los judíos elevan contra él, se congratula, piensa que ha llegado el momento de asistir a algún hechizo. Le dirige muchas preguntas, pero Jesús permanece en silencio.

No es para humillarlo, ni para mostrar separación o desprecio, ni para hacerle pesar el crimen que cometió matando al Bautista; no, es solo para hacerle comprender que lo está buscando por un motivo equivocado. Jesús no es el operador de prodigios que pone su

fuerza al servicio de quien lo invoca. Es el maestro que ha venido a hacer una propuesta de vida, a indicar un camino que él mismo recorre en primer lugar. Quien espere otra cosa de él quedará desilusionado, no obtendrá ninguna respuesta. Herodes no entiende que Jesús no tenga ya nada que decir.

Una voz que nadie puede acallar

«De buena mañana, el primer día después del sábado, María Magdalena se acercó al sepulcro. Todavía estaba oscuro»: así comienza el relato de los hechos de Pascua. Pocas palabras, esenciales, que hacen percibir, tocar, casi respirar, los signos de la victoria sobre la muerte. Sobre la tierra todo es silencio, parálisis, tranquilidad, mientras que una mujer, sola y asustada, se mueve en la oscuridad de la noche. ¿Han logrado los enemigos, pues, callar su boca para siempre? La oscuridad y el silencio de una tumba, ¿han apagado también el recuerdo de su voz, que ha denunciado la hipocresía, defendido a la adúltera, que ha pronunciado palabras de salvación para los enfermos y de esperanza para los pecadores?

Leamos Mt 28,2-6. La escena es grandiosa. A María Magdalena se le unieron otras mujeres, que se convierten en testigos del triunfo definitivo de Cristo. Su boca se abre de nuevo, desgarra el silencio de la muerte y pro-

clama el mensaje de la Pascua: «Paz». Al odio, al pecado, al abuso, a la traición, a la infidelidad, él responde con su paz. Sus últimas palabras son una promesa: «Mirad, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». ¡El poder del mal ya no podrá apagar su voz!

La voz dice quién es alguien

Cuando de alguien se dice: «Es un hombre de palabra», se le hace el mayor elogio: se dice que es honesto, coherente, fiable, sincero, serio. De Cristo se dice que era «la Palabra»: «Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros». Desde siempre el hombre tiene el uso de la palabra, pero ¿qué sucede cuando la «Palabra» viene a habitar entre los hombres? La voz de hombre es un contenedor que se adapta al contenido, por desagracia, también cuando es deshonesto. Antes de hablar es necesario verificar que la boca esté conectada con el cerebro, pero también con el corazón, con la conciencia, con el mundo de los afectos y sentimientos; debería estar vinculada con toda la persona.

Su voz tiene su timbre, su entonación, sus modulaciones, que son estrictamente personales. La voz dice quién es alguien: sus orígenes, el ambiente asimilado, las experiencias vividas. Jesús tenía la entonación de su padre y de su madre, había aprendido a pronunciar

las palabras de José y María, pero también de los amigos del pueblo, durante las reuniones en la sinagoga, pero sobre todo tenía un inconfundible modo personal de expresarse. La gente lo sabía reconocer. «Nadie ha hablado nunca como él», decía.

La voz dice qué se está viviendo, no revela solamente el pasado, sino también el presente. Los encuentros casuales de Jesús, sus rápidos contrastes con los fariseos, los largos discursos con sus discípulos y amigos dejaban traslucir su alma. La voz dice qué se quiere, las intenciones, los sentimientos, las expectativas. Miedo, ansiedad, angustia. Deseo, determinación, son las connotaciones de su voz que los evangelistas subrayan. Era un maestro fascinante, un amigo sincero y afectuoso. Le decían: «Señor, ¿a quién iremos? Solo tú tienes palabras de vida eterna». Era un adversario leal: «Maestro –le decían los fariseos–, sabemos que eres veraz».

¡Cuántas cosas puede decirnos una persona con su voz! La belleza de una voz está en su capacidad de transmitir estados de ánimo y suscitarlos en quien escucha. Existe la voz de la ternura, que es como una casa que te acoge, te hace sentir protegido. Significa juntamente: afecto, simpatía, comprensión, perdón... A veces es llamada o reproche, pero siempre motivada por el amor.

Existe la voz de la sugestión, que dice mucho más de lo que aparece en el primer momento. Recordamos algunas de sus parábolas. Acabado de escucharlas,

estas siguen hablando y contando dentro de nosotros: se convierten en un relato nuestro. Su enseñanza era así: empezaba con su voz y seguía con la de los otros oyentes, la interior.

Existe la voz de la indignación cuando la relación entre las personas ya no es leal. También en Jesús se ha convertido en ira. Existe la voz de la debilidad que transmite angustia, es su voz en Getsemaní; porque no es un superhombre, pide ayuda al Padre. Existe la voz del Espíritu, que viene del interior, y Jesús pasaba noches enteras hablando con el Padre. Él fue el hombre de la voz, y ella está siempre llena de ternura y amor hacia los hombres.

Índice

Presentación 5

1. Los ojos de Jesús 7
   Volviendo a Nazaret 7
   Una mirada irresistible 8
   Observaba a las personas 10
   Zaqueo, el hombre que quería ver a Jesús 12
   El alfabeto de los ojos 14
   Se puede mirar sin ver 16
   Ventanas tapiadas 18
   Ojos que han llorado 19

2. La voz de Jesús 21
   Dios ahora tiene boca 21
   María no estaba absorta en oración 24
   «En tu palabra...» 25
   Tiempo de hablar y tiempo de callar 27
   Jesús no le respondió nada 29
   Una voz que nadie puede acallar 30
   La voz dice quién es alguien 31

3. Los oídos de Jesús 35
   Prestar oído 35
   Escuchar no es solo oír 37

El grito que llega desde lejos 39
La escucha es el camino hacia lo sagrado 42
El primer paso hacia el diálogo 44

4. Las manos de Jesús 47
Manos de hombre y manos de Dios 47
Extendió la mano 49
Sus manos tocaron a los leprosos 50
Abrazó a un niño 51
Alzando sus manos los bendijo 54
Una mano tendida a los pecadores 55

5. Los pies de Jesús 59
Pertenecía a un pueblo de nómadas 59
Hacia una meta misteriosa 61
Pedro quería retenerlo 62
Los pies relatan 64
Caminar es más que dar un paso detrás de otro .. 66

6. Los sentimientos de Jesús 69
Los miró con indignación 69
Hay una ira buena y santa 71
No fue amigo de todos 73
Vivió conflictos dramáticos 74
Escuchaba el corazón 76
Trazó un recorrido nuevo a los sentimientos 78
Los sentimientos son los caminos del corazón ... 79

Títulos de la colección

1. Anthony de Mello, testigo de la luz, *Mª Paz Mariño*
2. Estoy llamando a la puerta, *Carlo Maria Martini*
3. Familia y vida laical, *Carlo Maria Martini*
4. La familia como vocación, *Manuel Iceta*
5. Amor de todo amor, *Hermano Roger*
6. En el nombre de Jesús, *Henri J. M. Nouwen*
7. Cómo elaborar un proyecto de pareja, *Isabel Frías / Juan Carlos Mendizábal*
8. El regreso del hijo pródigo, *Henri J. M. Nouwen*
9. Meditaciones para las familias, *Carlo Maria Martini*
10. El sermón de las siete palabras, *José Luis Martín Descalzo*
11. Peregrino de la existencia, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
12. Despertar, *Anthony de Mello*
13. Hablar de Dios como mujer y como hombre, *Elisabeth Moltmann-Wendel / Jürgen Moltmann*
14. «Tú eres mi amado», *Henri J. M. Nouwen*
15. La Iglesia del futuro, *Cardenal Tarancón*
16. Cristianos en la sociedad secular, *Cardenal Tarancón*
17. Hombres y mujeres de Dios, *Cardenal Tarancón*

18. Cultura y sociedad, *Cardenal Tarancón*
19. Palabras sencillas de Navidad, *Jean-Marie Lustiger*
20. Las siete palabras desde América Latina, *Nicolás Castellanos*
21. Una voz profética en la ciudad, *Carlo Maria Martini*
22. La comunidad. Lugar del perdón y de la fiesta, *Jean Vanier*
23. María, Madre. Del dolor al coraje, *Peter Daino*
24. La vocación de san Mateo, *Antonio González Paz*
25. Una voz de mujer, *Mercedes Lozano*
26. ¿Qué sacerdotes para hoy?, *Bernhard Häring*
27. Eneagrama y crecimiento espiritual, *Richard Rohr*
28. Desde la libertad del Espíritu, *Antonio Palenzuela*
29. Orar desde Buenafuente del Sistal, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
30. Carta a mi Señor, *Ángela C. Ionescu*
31. En el espíritu de Tony de Mello, *John Callanan*
32. Tres etapas en la vida espiritual, *Henri J. M. Nouwen*
33. Cada persona es una historia sagrada, *Jean Vanier*
34. Evangelio en la periferia, *Comunidad de San Egidio*
35. ¿Qué debemos hacer?, *Carlo Maria Martini*
36. «¡Ojalá escuchéis hoy su voz!», *Lluís Duch*
37. El cuarto mundo, *Àlex Masllorens*
38. «Via Matris» y «Via Crucis», *Andrés Pardo*
39. Querida Iglesia, *Carlos G. Vallés*
40. Encontrarse en el soñar, *Ramiro J. Álvarez*
41. Y la mariposa dijo…, *Carlos G. Vallés*
42. Signos de vida, *Henri J. M. Nouwen*

43. El sanador herido, *Henri J. M. Nouwen*
44. Rompiendo ídolos, *Anthony de Mello*
45. La oración contemplativa, *Thomas Merton*
46. La vida, constante oportunidad de gracia, *Richard Rohr*
47. Fábulas y relatos, *José Luis Martín Descalzo*
48. Esperanza, misericordia, fidelidad, *Juan María Uriarte*
49. El Padrenuestro, *Bernhard Häring*
50. Amor, ¿tú quién eres?, *Manuel Iceta*
51. «Herida y anchísima soledad», *Ángel Moreno, de Buenafuente*
52. Ojos cerrados, ojos abiertos, *Carlos G. Vallés*
53. Virgen de Santa Alegría, *Carlos G. Vallés*
54. Proyecto de una vida lograda, *Bernhard Häring*
55. Parábolas, *Megan McKenna*
56. «Sin contar mujeres y niños», *Megan McKenna*
57. El presbítero como comunicador, *Carlo Maria Martini*
58. Vivir en la fragilidad, *Cardenal Danneels*
59. Cristo, *Rabindranath Tagore*
60. Palabras en silencio, *Khalil Gibran*
61. El camino de Timoteo, *Carlo Maria Martini*
62. El amor de pareja, *Mercedes Lozano*
63. Itinerario hacia Dios, *Ignacio Larrañaga*
64. El sacramento del pan, *Manuel Díaz Mateos*
65. La voz interior del amor, *Henri J. M. Nouwen*
66. «¿Puedes beber este cáliz?», *Henri J. M. Nouwen*

67. La oración. Frescor de una fuente, *Madre Teresa / Hermano Roger*
68. Hombre amable, Dios adorable, *Cardenal Danneels*
69. Amar hasta el extremo, *Jean Vanier*
70. La cena del Señor, *Carlo Maria Martini*
71. La vida en Cristo, *Raniero Cantalamessa*
72. Fuera del sendero trillado, *Michel Hubaut*
73. La rosa y el fuego, *Ignacio Larrañaga*
74. Oraciones desde la abadía, *Henri J. M. Nouwen*
75. La Anunciación. Conversaciones con Fray Angélico, *J. Mª Salaverri*
76. Orar, tiempo del Espíritu, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
77. Un ministerio creativo, *Henri J. M. Nouwen*
78. Hijos y hermanos en torno a Jesús, *Julio Parrilla*
79. Encontrarnos a nosotros mismos, *Carlo Maria Martini*
80. Las comunidades según el Evangelio, *Madeleine Delbrêl*
81. La contemplación de Dios, tarea apostólica, *Juan José Bartolomé*
82. Mi diario en la abadía de Genesee, *Henri J. M. Nouwen*
83. Cristo entre nosotros, *Cardenal Pironio*
84. Las preguntas de Jesús, *Fernando Montes*
85. Diccionario espiritual, *Carlo Maria Martini*
86. Adam, el amado de Dios, *Henri J. M. Nouwen*
87. El canto del Espíritu, *Raniero Cantalamessa*

88. La buena noticia según Lucas, *Richard Rohr*
89. Al servicio del Evangelio, *Cardenal Pironio*
90. Ángeles en la tierra, *Megan McKenna*
91. Leer los evangelios con la Iglesia, *Raymond E. Brown*
92. Para vivir la Palabra, *Carlo Maria Martini*
93. Acoger nuestra humanidad, *Jean Vanier*
94. Nuestro mayor don, *Henri J. M. Nouwen*
95. Job y el misterio del sufrimiento, *Richard Rohr*
96. Parábolas y eneagrama, *Clarence Thomson*
97. La aventura de la santidad, *Hermano John de Taizé*
98. Vivir los valores del Evangelio, *Carlo Maria Martini*
99. Le hablaré al corazón, *Manuel Díaz Mateos*
100. Cambiar desde el corazón, escuchar al Espíritu, *Henri J. M. Nouwen*
101. Hombre y mujer los creó, *Jean Vanier*
102. Retrato de Taizé, *Chantal Joly / Hermano Roger*
103. Las fuentes de Taizé. Amor de todo amor, *Hermano Roger*
104. El tambor de la vida. Partituras de ritmos del alma, *Carlos G. Vallés*
105. Extiende tu mano, *Julio Parrilla*
106. La familia, comunidad de amor, *Atilano Alaiz*
107. Gustad y ved qué bueno es el Señor, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
108. ¿Ocasión o tentación?, *Silvano Fausti*

109. Diario del último año de vida de Henri Nouwen, *Henri J. M. Nouwen*
110. Podemos vivir en plenitud, *Clemente Kesselmeier*
111. «Cuando oréis, decid…», *Carlo Maria Martini*
112. Senderos de vida y del Espíritu, *Henri J. M. Nouwen*
113. Sobre la justicia, *Carlo Maria Martini*
114. Dios solo puede amar, *Hermano Roger*
115. La escala de las bienaventuranzas, *Jim Forrest*
116. La cena en Emaús, *Antonio González Paz*
117. El patito feo, *Emanuela Ghini*
118. En el deseo y la sed de Dios, *José Miguel de Haro*
119. Cuentos al amanecer, *Mamerto Menapace*
120. Cuentos desde la Cruz del Sur, *Mamerto Menapace*
121. El Dios de los imperfectos, *Teófilo Cabestrero*
122. ¡Es el Señor!, *José María Arnaiz*
123. Retablo de Maese Pedro, *Antonio González Paz*
124. El camino de las Escrituras. I. Lámpara para mis pasos, *Mamerto Menapace*
125. El camino de las Escrituras. II. Luz en mi sendero, *Mamerto Menapace*
126. Dios también reza, *Ignacio Rueda*
127. El reloj de arena, *Santos Urías*
128. Miryam de Nazaret, *Juan de Isasa*
129. Relatos desde el Oriente Pacífico, *Kiko Sagardoy*
130. Soy lo que hago, *Carlos F. Barberá*
131. Vivir como un niño. Meditaciones sobre «El Principito», *Antonio González Paz*
132. Sombras vivas, *Tintxo Arriola*

133. La luz del alma, *Ana María Schlüter*
134. India enseña, *Carlos G. Vallés*
135. Revive el don recibido, *José Luis Pérez Álvarez*
136. El Cristo de San Damián, *Francisco Contreras Molina*
137. Verbos de vida, *Francisco Álvarez*
138. La Biblia de la experiencia, *Alberto Iniesta*
139. Fiarse de Dios, reírse de uno mismo, *José María Díez-Alegría*
140. Dios, ¿un extraño en nuestra casa?, *Xavier Quinzà Lleó*
141. Día a día con Monseñor Romero
142. Los caminos del silencio, *Michel Hubaut*
143. La Virgen del Perpetuo Socorro, *Francisco Contreras Molina*
144. Gratuito, *Patxi Loidi*
145. Todo a cien. De las cosas pequeñas, *Ignacio Rueda*
146. ¿Presientes una felicidad?, *Hermano Roger*
147. Orar en el silencio del corazón, *Hermano Roger*
148. Alegrías recobradas, *Carlos G. Vallés*
149. Creyente cristiano, *Jean-Yves Calvez*
150. Dame, Señor, tu mirada, *Nuria Calduch-Benages*
151. La sonrisa en la mirada, *Santos Urías*
152. Sacerdotes, *Carlos Amigo Vallejo*
153. Orar con los místicos, *Maximiliano Herráiz*
154. El canto de los mirlos, *Antonio García Rubio / Francisco J. Castro Miramontes*
155. El adiós del papa Wojtyla, *Marco Politi*
156. El Sermón de la montaña, *Carlo Maria Martini*

157. A la sombra del árbol, *Antonio García Rubio / Francisco J. Castro Miramontes*
158. Semillas de luz, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
159. San Pablo nos habla hoy, *Raúl Berzosa / Jacinto Núñez Regodón*
160. ¿Es posible hablar de Dios?, *Jean-Pierre Jossua*
161. María, una mujer judía, *Frédéric Manns*
162. El Señor resucitado y María Magdalena, *Francisco Contreras Molina*
163. Vivir en invierno, *Jesús Garmilla*
164. El cáncer me ha dado la vida, *Francisco Contreras Molina*
165. Henri Nouwen. Las claves de su pensamiento
166. Esta noche en casa, *Henri J. M. Nouwen*
167. Gente por Jesús, *Antonio García Rubio / Francisco J. Castro Miramontes*
168. Confesiones de un cura rural, *Francisco Contreras Molina*
169. La hendidura de la roca, *Dolores Aleixandre*
170. «Salgamos a buscarlo fuera de la ciudad», *Toni Catalá*
171. Gracia y gloria, *José Luis Pérez Álvarez*
172. Vivir para amar, *Hermano Roger*
173. Plegarias ateas, *Ignacio Rueda*
174. Meditaciones sobre la oración, *Carlo Maria Martini*
175. Mil pensamientos para iluminar la vida, *José Luis Vázquez Borau*
176. Las mujeres de la Biblia, *Jacqueline Kelen*

177. ¡Ojalá escuchéis hoy su voz!, *Juan Martín Velasco*
178. Amar lo que se cree, *Antonio González Paz*
179. Como en un espejo, *Mercedes Lozano*
180. A la escucha de la Madre Teresa, *José Luis González-Balado / Janet Nora Playfoot Paige*
181. Comentario a *Noche oscura del espíritu* y *Subida al monte Carmelo,* de san Juan de la Cruz, *Fernando Urbina*
182. Encuentros con Jesús, *Carlo Maria Martini*
183. No podemos callar, *Ángela C. Ionescu*
184. Escoger al pobre como Señor, *Dominique Barthélemy*
185. El barro de los sueños, *Tintxo Arriola*
186. ¿Cómo voy a comprender, si nadie me lo explica?, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
187. ¿Tú crees?, *Raniero Cantalamessa*
188. Balbuceos del misterio, *Sandra Hojman*
189. Senderos hacia la Belleza, *José Alegre*
190. Oraciones de invierno, *Bittor Uraga*
191. Jesús, maestro de meditación, *Franz Jalics*
192. Bienaventurados, *José Luis Pérez Álvarez*
193. Emigrante: el color de la esperanza, *Mons. Santiago Agrelo*
194. Caer y levantarse, *Richard Rohr*
195. Peregrinos de confianza, *Hermano Alois, de Taizé*
196. Hacia la luz, *Carlo Maria Martini*
197. El camino de nuestra Señora, *Antonio González Paz*

198. Despierta y alégrate, *Xosé Manuel Domínguez Prieto*
199. Carlos de Foucauld. La fragancia del Evangelio, *Antonio López Baeza*
200. Discípulos del Resucitado, *Carlo Maria Martini*
201. Cómo hacer meditación, *Clodovis Boff*
202. El camino de la oración, *Andrea Gasparino*
203. Habitar el silencio, *Luis A. Casalá*
204. El camino de la meditación, *John Main*
205. En la tierra silenciosa, *Martin Laird*
206. Nacer de nuevo, *Alejandro Fernández Barrajón*
207. Anda, déjate querer…, *Antonio González Paz*
208. Regalarnos una tarde, *Mariola López Villanueva*
209. El Evangelio de la pereza, *François Nault*
210. Una ausencia iluminada, *Martin Laird*
211. Breve introducción a la caridad, *Mons. Bruno Forte*
212. Orar con Madeleine Delbrêl, *Bernard Pitaud*
213. Perlas en el desierto, *Antonio García Rubio*
214. La sinfonía femenina (incompleta) de Thomas Merton, *María Cristina Inogés Sanz*
215. Centinela en la noche, *José Luis Vázquez Borau*
216. Atraídos por lo humilde, *Marta Medina Balguerías*
217. El misterio en lo cotidiano, *Xavier Quinzà Lleó*
218. El camino de la imperfección, *André Daigneault*
219. El paso detenido. Reflexiones de un caminante, *Alejandro Fernández Barrajón*
220. Signos de una Presencia. Mística diaria, *Josep. M. Mària i Serrano*

221. Me parece soñar, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
222. Cuaderno de Emaús, *Luis de Lezama*
223. A la espera del Pobre, *Gabriel Richi Alberti*
224. Un océano de luz, *Martin Laird*
225. ¿Qué espiritualidad para el siglo XXI?, *William Clapier*
226. El Evangelio de la resurrección, *Joseph Moingt*